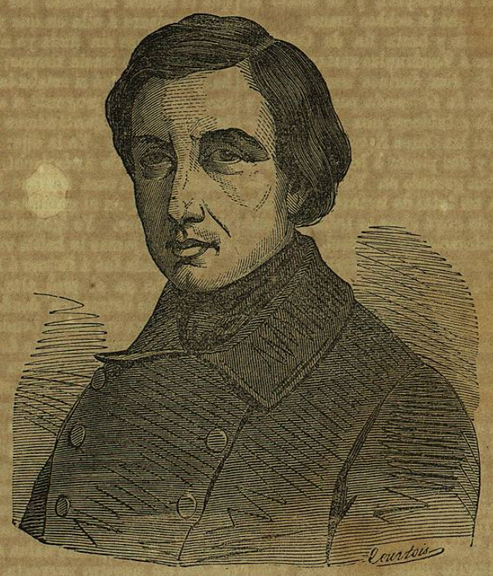
la puerta del gabinete en que me hicieron entrar en un principio. Subimos juntos inmediatamente al gabinete de detras, en donde estaba la señorita Evenepoel, la que esclamó al ver á Vandenplas:—¿Qué es eso? ¿qué es eso?—Es mi camarada, y voy á pagaros sobre la marcha.... Y metiendo la mano en el bolsillo, nos echamos los dos sobre ella. Vandenplas la magulló á martillazos, y cuando cayó en tierra, la atravesé mi puñal por la garganta.

"Debo, sin embargo, advertir que me es imposible decir con precision si Vandenplas la pegó en la cabeza ó en otras partes del cuerpo. La señorita Evenepoel solo tuvo tiempo para ecshalar dos gritos llamando por dos veces á una de las criadas cuyo nombre pronunció y no recuerdo.

"En el momento en que bajé y encontré á Vandenplas en el alféizar de la puerta del gabinete, como antes he dicho, me preguntó si estaba ya muerta la señorita. Al escuchar mi respuesta negativa, me trató de *cobarde*, y me dijo que él habia ya matado á las dos criadas, y me preguntó dónde estaba el ama. Entonces fué cuando subimos precipitadamente á la habitacion en que se hallaba esta. Vandenplas me dijo que eran *dos* las criadas. Yo oí sus gemidos: á la una encontré echada en el suelo á la parte de acá de la puerta, y á la otra en la cocina junto á la bomba. Yo las remató metiéndoles mi puñal por el cuello. En seguida traje arrastrando á la que estaba en la puerta hasta dejarla al lado de la otra.



VANDENPLAS.

"Luego me ha contado Vandenplas que habia aplastado la cabeza á la criada que salió á abrirle, y mientras acababa con ella á martillazos, vió á la otra criada salir de la cueva con una luz, y oyó que esta, habiendo sin duda sentido ruido, decia: ¿Qué es lo que hay? Al momento corrió hácia ella y le deshizo la cabeza, sin darla tiempo á proferir una palabra."

Despues de estas revelaciones, véanse otros hechos que esplican la parte que tuvo Vandenplas en la reparticion de los objetos robados.

A los seis dias de su arresto, condujeron á Brujas, donde habia fijado su domicilio, al acusado Rosseel, quien puso por sí mismo en manos de la justicia las cajas de cinco relojes de oro. Ya se habian encontrado en una primera pesquisa los vidrios de aquellos relojes, tres cucharillas de plata para café, de las que una estaba ennegrecida del fuego, un par de pendientes, y una sortija de diamantes, un broche de brazalete de oro, dos cadenas de oro para reloj, dos pendientes con turquesas pequeñas, una sortija con topacio, otra sortija de oro esmaltado, y cinco alfileres de oro sin cabeza.

Todos estos objetos, cuidadosamente ocultados en casa de Rosseel, fueron reconocidos por la señora de Evenepoel y por la señora de Keymolen, así como un cepillito que Rosseel habia dado á su criada.

Rosseel habia vendido en la Eclusa (pueblo holandés inmediato á la frontera belga, á tres ó cuatro leguas de Brujas) los demas objetos de oro y plata, primero una cadena y un brazalete de oro el dia 27 de Octubre á la viuda de un tal Leenhauts, y el resto el 8 de Noviembre á un judío llamado Abraham Levy.

La primera venta le produjo 89 francos y 24 céntimos, y de ellos al dia siguiente envió 50 á Vandenplas; en su carta le decia que no habia recibido mas que 50 francos á cuenta, los cuales se avenia á prestarle, y que la semana prócsima le enviaria otros 50 en el mismo concepto.

Aunque Rosseel afirma que este dinero procedia de la viuda de Leenhout, y por consiguiente de la venta de los efectos robados, aunque esto resulta todavía mas claramente de la simple comparacion de fechas, puesto que Rosseel vendió el *veinte y siete* y envió el dinero el *veinte y ocho*, Vandenplas señala otro orígen diverso al dinero de Brujas, sosteniendo que él habia surtido de pan y prestado dinero á Rosseel cuando este vivia en la calle de las *Codornices* á principios de 1847, siendo así que el panadero de Rosseel era un tal Wetterings, que le suministraba dos, tres ó cuatro panes al dia. El antiguo mozo de la panadería de Vandenplas, que llevaba el pan á otro habitante de la calle de las *Codornices*, no lo ha llevado nunca á casa de Rosseel, y el nombre de este no figura tampoco en el

libro en que apuntaba Vandenplas los de las personas que tomaban pan al fiado.

Vandenplas, pues, inventó una fábula para asignar al dinero de Brujas otro orígen que no tenia. Ya antes habia incurrido en notables contradicciones, pues á unos les dijo que acababa de recoger una herencia en Brujas, y á otros que tenia prestado dinero á varios habitantes de aquella ciudad y estos le habian pagado.

VI.

Entre Rosseel, que todo lo confesaba, y Vandenplas, que se aferraba en una negativa absoluta, no era difícil decidir de qué lado estaba la verdad.

Así, ademas de que los pormenores suministrados por Rosseel coinciden esactamente con el dictámen de los médicos, resulta tambien de la sumaria practicada por el comisario de policía de la tercera y cuarta seccion, que sobre la mesa del cuarto en que yacia el cadáver de la señorita Evenepoel, se encontró un libro de asientos forrado de pergamino, una escribanía de loza y unos anteojos.

Cuando á consecuencia de las revelaciones de Rosseel se ecsaminó el libro que maquinalmente habian cerrado y puesto á un lado en el momento de descubrirse el crímen, se halló en él, en el parage mismo en que figuraba la cuenta de Rosseel, tres ó cuatro gotas de sangre, los anteojos de la señorita Evenepoel, y una suma hecha por su mano para averiguar el importe de lo que le debia Rosseel.

Otras noticias dadas por Rosseel ofrecen la misma esactitud. Declara que fué á ver á Vandenplas en casa de Vandenhove el 30 de Agosto, el 31, y el 1.° de Setiembre. Dice que le fué á buscar el dia del crímen, y que viendo un martillo en el poyo de una ventana, aconsejó á Vandenplas le cogiese; que Vandenplas se lo metió en el bolsillo y se sirvió luego de él para matar á las criadas. Vandenhove tenia este martillo cinco años hacia, y lo empleaba en su casa para quebrantar la hulla; por eso sin duda los autores del crímen, al empujar la puerta del lavadero para introducir allí los cadáveres, dejaron la señal de la mano en negro. Sometido el instrumento á esperiencias químicas, se encontró sangre en la parte del mango metida en la cabeza del martillo.

Añade Rosseel que probó en union de Vandenplas á fundir las alhajas de oro y plata, sirviéndose para ello de un soplete perteneciente á un ebanista llamado Slypers, y en el bolsillo de Vandenplas se halló un billete escrito por mano de Rosseel, en que encargaba á su cómplice que devolviese el soplete á la casa cuyas señas daba. Es cierto, ademas, que algunos objetos fueron sometidos á la accion del fuego: el estado de una de las cucharas lo demuestra positivamente.

Rosseel habla tambien de haber tirado en un encañado su puñal y su escoplo de carpintero, y ambos instrumentos se encontraron en efecto, el uno el dia 26 y el otro el 28 de Noviembre, en el parage que designó.

Como se ve, las declaraciones de Rosseel se justificaron en todos sus particulares, y probaban irresistiblemente la participacion de Vandenplas en el asesinato de la plaza de Saint-Géry.

Ademas de eso, Vandenplas se sentia hacia tiempo acosado de la idea de robar y asesinar para enriquecerse. Esta intencion, que le hemos visto espresar en una conversacion con Rosseel, la manifestó igualmente hablando de su miseria al cerrajero Vanderbucken, que habia cumplido una condena de reclusion, á quien propuso buscar ocasion de *dar un buen golpe*, añadiendo que era el mejor oficio, y que sin eso no habia medio de ganar dinero. Perseguido por aquel pensamiento fatal, lo comunicó tambien á un tal Anselmo Debacker; dijo á este que le acontecia muy á menudo no tener que comer; que un cerrajero le habia indicado una casa en que habia ocultos 30,000 francos desde la revolucion; que en aquella casa no habia mas que una vieja, una criada y un criado, y que bastaria quitar de enmedio á estas tres personas. Preguntó al mismo tiempo á Debacker, si tendria miedo para acompañarle á su espedicion, para lo cual Vandenplas hizo un reconocimiento del sitio con Rosseel y Vanderbucken, la víspera del dia en que tuvo lugar el asesinato.

No obstante estas declaraciones tan formales de Rosseel, de Vanderbucken, de Silvestre y de Debacker, persistió Vandenplas en proclamarse inocente.

Pero fácil es ver que si Rosseel habló con verdad, Vandenplas acumuló mentiras sobre mentiras.

Así, hemos visto que no pudo justificar el orígen del dinero que tan estúpida é indecentemente habia gastado.

Mas adelante intentó una coartada, sosteniendo que el dia 2 de Setiembre estuvo en tres tabernas de las mas conocidas, en una de las cuales habia baile, no habiendo salido de este hasta las once de la noche.

Pero aunque Vandenplas era muy fácil de reconocer por la circunstancia de ser tuerto, no hubo ni siquiera una persona de aquellos establecimientos que atestiguase su presencia en ellos en toda la noche del 2 de Setiembre. Un tal Hendrick, que conocia muy bien á Vandenplas, y era el que pedia para los músicos en la taberna donde hubo baile, afirma de la manera mas positiva que no estuvo allí Vandenplas, que habia muy poca gente, y que el ama de la casa tuvo que hacer de caballero para completar las parejas de un rigodon.

Vandenplas no pudo indicar tampoco persona alguna que hubiese hablado con él en ninguno de los tres establecimientos. Manifestó ademas que al salir del baile llamó en casa de la Bulteau, y que pasó la noche en casa de Vandenhove, especificando que Vandenhove mismo fué quien le abrió la puerta. Mas entrambas personas le desmintieron tambien en este punto.

VII.

A consecuencia de los hechos que acabamos de referir, Vandenplas y Rosseel comparecieron ante

el tribunal de Assises del Brabante, señalándose la primera audiencia para el dia 8 de Febrero de 1848.

Este proceso, que preocupaba hacia seis meses la atencion pública, atrajo á la apertura de los debates una afluencia de curiosos de todas clases, nunca vista quizás en los anales judiciales de la Bélgica.

Desde las nueve de la mañana del dia señalado, la plaza del Palacio de Justicia, el patio interior y las avenidas del salon de audiencias se inundaron de gente hasta tal punto, que los jurados, los abogados y los testigos se vieron apurados para abrirse paso. En la parte de adentro, los puestos reservados para los abogados y testigos fueron invadidos á los pocos momentos de haberse abierto las puertas. Señoras pertenecientes en su mayor número á familias de miembros de la magistratura, se acomodaron con los taquígrafos de los periódidos en el recinto del pretorio. Muchos magistrados y el conde de Woyna, ministro plenipotenciario de Austria, se situaron en puestos reservados detras de la presidencia.

Sobre una mesa se ven, como cuerpos del delito, baldosas con manchas de sangre, libros de asientos y vestidos.

A las diez entran los acusados con trajes decentes y sencillos, pero calzados con los pesados zuecos que previenen los reglamentos carcelarios.

Aunque sentados en el mismo banco ambos acusados, están separados uno de otro por una distancia de mas de dos varas.

Rosseel lleva pantalon de rayas azules, levita de color aceitunado, chaleco de franela encarnada, y corbata negra.

Vandenplas está vestido de levita negra, chaleco y corbata de seda negra, y pantalon parecido al de su co-acusado.

Todas las miradas se fijan con ávida curiosidad en aquellos dos hombres, á quienes su triple crímen ha dado tan terrible celebridad.

Rosseel es de mediana estatura, y lleva escritos en sus facciones, en la forma de su cabeza, los instintos criminales que le han traido á aquel banco. Un frenólogo no podia menos de decir que el órgano de la *destructibilidad* está en él sumamente desarrollado. Sabido es que este órgano lo sitúan encima de la abertura de la oreja hácia la parte inferior de la porcion escamosa del temporal. En Rosseel está de tal manera desarrollado, que lo alto de la oreja está echado adelante y tiene una posicion casi horizontal. En cambio, los órganos de la inteligencia están muy deprimidos: su frente es baja, sus cabellos, fuertes y erizados como cerdas, descienden casi hasta las cejas. El frontal presenta una visible depresion en el sitio en que se aposenta el órgano de la benevolencia.

Por lo demas, en conjunto como separadamente, el aspecto de Rosseel es repugnante; su cara es corta y cuadrada, su nariz ancha y aplastada, sus cejas espesas é irregulares se juntan una con otra y medio encubren su oblicua mirada; su mandíbula inferior es huesuda y cuadrada, sus espaldas son anchas y cuadradas tambien. Dícese que Rosseel sirvió de modelo á un artista belga para uno de los verdugos de Cristo.

El atavío de Rosseel es el de un hombre de su clase. Lleva una levita hecha sin pretension alguna de elegancia, pero muy limpia y tal como debe tenerla un artesano de algunas comodidades.

Vandenplas, mas alto que Rosseel, es un tipo enteramente diferente. Es lo que se puede llamar un buen mozo; sus facciones tienen cierta distincion, en su frente se nota inteligencia, su cráneo no revela instintos destructores, su talle es elegante, su andar fácil y desembarazado es el de un hombre de mundo. Y no obstante, Vandenplas os hace esperimentar una sensacion de disgusto mas viva todavía que la que sentís al aspecto de Rosseel.

Este último os da miedo; es una fiera. Vandenplas os repugna; es un hombre degradado. Su elegancia, la distincion de sus facciones aumenta mas el disgusto que os inspira: es uno de esos miserables que huelen á taberna y á lupanar; el libertinaje, la crápula le han conducido á la miseria, al vicio, á la desgracia. Tiene el aspecto inmundo del hombre depravado que se arrastra en el fango del crímen; su rostro es macilento y su cutis áspero, lo cual contrasta con la correccion de las líneas de la fisonomía. Os dirige su mirada y la aparta de pronto; pero aquel instante os basta; os sentís como quien ha sido mordido por una víbora.

Vandenplas es tuerto, y esta deformidad le hace mas antipático; no parece un defecto, sino una marca afrentosa.

El traje de Vandenplas, aunque muy usado, descubre todavía cierto esmero, cierta pretension de elegancia, que guardan conformidad con todo lo que revelan el aspecto y continente de este gran culpable respecto á su carácter y á sus hábitos.

Ciento veinte y cinco testigos fueron llamados á confirmar todos los hechos confesados por Rosseel y negados por Vandenplas.

Un incidente dramático ocurrió al finalizarse la penúltima audiencia: al ver que á pesar de los cargos mas concluyentes, persistia Vandenplas en sus negativas, resolvió Rosseel hacer un llamamiento á la conciencia de su cómplice.

Despues de pedir al presidente permiso para hablar, dijo Rosseel con un acento de profunda conviccion dirigiéndose á Vandenplas:

—Yo, yo, Rosseel, fuí quien te indujo á cometer este crímen, y por lo mismo que fuí yo, quiero ser yo tambien el instrumento de tu salvacion: por eso te ecshorto con todas mis fuerzas á que confieses el crímen que hemos cometido juntos; la sangre inocente derramada sobre esas baldosas clama venganza. Despues del juicio de los hombres, del que no puedes escapar, porque los jurados no creen en tus negativas, debe venir el juicio de Dios. Para comparecer delante de Dios, de manera que puedas obtener su perdon, confiesa aquí el crímen que has cometido.

—Yo no he cometido crímen alguno; no temo el juicio de Dios, contestó Vandenplas.

—Yo fuí quien te incitó á cometerlo, replicó Rosseel. Por eso te suplico al borde de nuestra tumba, pues la guillotina nos aguarda, que digas la verdad, que te pongas á mi lado. Nosotros no debemos tener miedo de la muerte. Poco importa morir por mano del verdugo, pero lo que debemos temer es el juicio de Dios.

—Todo cuanto dice es falso, repuso Vandenplas.

—Vandenplas, dijo el presidente, si habeis cometido el crímen, confesadlo por vuestro propio interes; pues si los hombres están convencidos de vuestra culpabilidad, serán inecsorables con vos. Os invito á pensar seriamente en esto, y tal vez vuestras reflecsiones os inclinarán á confesar mañana.

—Yo nada he hecho, respondió friamente el acusado.

—Vandenplas, añadió todavía Rosseel, hemos tenido siempre valor, jamas hemos tenido miedo; pues bien, muestra que eres hombre de brío y que no te acobardas. Nuestro Señor murió por todos nosotros. Pon la mano en tu conciencia; si quieres que á nuestra muerte estemos rodeados de ángeles buenos, confiesa; de lo contrario, serán los demonios los que nos rodeen.

Durante esta escena, que impresionó vivamente al auditorio y aun al mismo tribunal, Vandenplas permaneció impasible; escuchó las palabras de Rosseel con suma indiferencia, sin que su rostro revelase la menor emocion.

Al dia siguiente, al abrirse la audiencia, anunció el presidente que una relacion verbal que acababa de hacerle el procurador del rey, le parecia ecsigir que fuera oido aquel funcionario por el tribunal.

Redoblóse con esto la atencion del auditorio, ya tan vivamente escitada la víspera, y en medio del mas profundo silencio, hizo el señor Verheyen, procurador del rey, la manifestacion siguiente:

—"Esta mañana fuí temprano á la cárcel para tomar algunas noticias sobre otros asuntos. Hablé con el director, quien me dijo: "Señor procurador del rey, advierto que Vandenplas anda inquieto. He visto en los periódicos la alocucion que le dirigió ayer Rosseel; ¿no os parece bien que al salir de la prision esta mañana, le diga algunas palabras ecshortándole á decir la verdad?" Yo le dije: "No me opongo á que lo hagais; pero obrad con prudencia."

"Hace un momento, ha venido el director de la cárcel á decirme que Vandenplas por fin reconoce su crímen; pero que de todos modos nada diria delante del tribunal, delante de los jurados y delante del público, sino á mí solo.

"He ido inmediatamente con el director al calabozo del acusado. Al cabo de algunos instantes, me ha dicho Vandenplas que no podia decir nada ante el público, porque no sabria espresarse, y porque seria ecsigir demasiado de sus fuerzas, el hacerle convenir en su crímen. Le indiqué entonces que su crímen era grande, y su arrepentimiento debia ser grande tambien. Le he animado á que confiese todas las circunstancias del crímen. Vandenplas, por un sentimiento que comprendo y que quizá es el único que le resta, ha dicho que nada confesaria; que todos cuantos esfuerzos se hiciesen para arrancarle una confesion serian inútiles, pero pero que si los jurados querian individualmente ir á su calabozo, se espontanearia con ellos.

"Le hice comprender que lo que pedia era imposible, y me esforcé cuanto pude para decidirle á confesar públicamente; pero no ha querido. En interes de la verdad, le hablé en estos términos: Vandenplas, contadme las circunstancias del crímen. Si lo hiciéseis y yo las refiriese al tribunal, ¿me desmentiríais ó confirmaríais mis palabras? Vandenplas entonces consintió en que yo refiriese lo que él me diria, y me ha prometido confirmarlo todo, con tal que no se le obligue á dar pormenores por sí mismo.

"Vandenplas, en primer lugar, ha dicho que era culpable.... (sensacion prolongada); que habia concurrido al crímen; que habia tenido parte en él, y que sabia que debia morir. Luego, sin entrar en particularidad alguna, me ha dicho (y no hago mas que repetir sus palabras) que muchos testigos han mentido, y así es que ayer han declarado que gastó 130 francos en *la Granada*, cuando no pudo gastar arriba de 70 ú 80.

"Le hice notar que era posible que algunos testigos no hubiesen dicho toda la verdad; pero que era de presumir, sin embargo, que hablaran de buena fé, pudiendo aquello provenir solamente de falta de memoria.

"Entonces me dijo que Rosseel entró primero y luego él; que salió una criada, y él la pegó un golpe. Despues, preguntándole yo si la pegó con el martillo de Vandenhove que está sobre la mesa de la presidencia, me respondió que sí. Me dijo ademas, que al ir á subir se presentó otra criada, y la pegó tambien; que en seguida continuó su camino en la casa; que encontró á Rosseel, y juntos fueron á donde estaba la señorita Evenepoel y se echaron los dos sobre ella; pero ignora si la descargó algun golpe; tampoco sabe si las dos criadas vivian aún; que Rosseel fué quien las remató, cortándoles el cuello. Le he preguntado entonces si perpetró un robo despues del asesinato, y me ha contestado que sí. He creido no debia llevar mas allá mis preguntas.

El presidente. ¿Y os ha dicho Vandenplas que si yo le interrogo sobre estos hechos, responderia afirmativamente?

El procurador general. Sí, señor presidente.

El presidente. Vandenplas, ¿es verdad lo que el testigo declara?

Vandenplas. Sí, señor presidente. (Esperimentase una profunda sensacion en el auditorio.)

Desde aquel momento, la tarea del ministerio público era mucho mas fácil. Así es que el procurador general se limitó á reasumir los cargos principales de la acusacion.

Por lo que toca á los defensores, ¿qué podian ellos hacer?.... nada mas que implorar el perdon de los culpables. El señor Verhaegen, abogado de Rosseel, lo hizo en términos interesantes.

—Señor presidente, señores jurados, dijo; ayer oísteis espresiones de una elocuencia tan religiosa, tan tristemente enérgicas, que no me resta sino añadir una sola palabra para completar su sentido. Rosseel me ha encargado que pida perdon á la sociedad del crímen horrible que ha cometido: sobre todo me ha encargado pedir perdon á la familia Evenepoel, á la que ha privado de uno de sus miembros, y cuya union ha destruido. Este perdon espera conseguirlo con su arrepentimiento, con sus lágrimas y con la expiacion que va á seguirse.

"El perdon.... he ahí las mas nobles lágrimas, los mas tiernos sentimientos que podeis ofrecer á la memoria de esa hermana querida cuya muerte llorais..... La justicia de Dios perdona al que se arrepiente y expía: la justicia de los hombres, que debe ser un reflejo de ella, ¿será acaso mas cruel y mas implacable?"

El señor Gilbert, abogado de Vandenplas, pronuncia algunas palabras en el mismo sentido. Seguidamente, el jurado pasa á la sala de deliberaciones.

Durante la suspension de la audiencia, llevan á su calabozo á los acusados. Al llegar allí se echaron el uno en los brazos del otro, y se estrecharon con efusion. Luego se pusieron á beber *faro* (1) y á conversar amigablemente.

—Ahora ya estoy contento, dijo Rosseel; no hubiera querido morir sin que hubieses confesado.

—Yo no queria ir á la audiencia de hoy, respondió Vandenplas; si hubiera podido, me hubiera matado esta noche.

—Ya lo sabia yo bien, replicó Rosseel; por eso mismo dije al alguacil que no os perdiese de vista ni un minuto.

—Lo de menos es el morir, dijo Vandenplas; yo querria que me llevasen ahora mismo al patíbulo. Lo que me hace mas daño es tener que oir mi sentencia.

Al cabo de dos horas vuelve el jurado al salon de sesiones.

Sacan de nuevo á los acusados; su semblante se mantiene el mismo; no obstante, se advierte que Vandenplas está mas pálido que de costumbre, y que su mano apoyada en la balaustrada se agita con un ligero temblor. Rosseel permanece risueño y su rostro no ha perdido el color.

ROSSEEL.

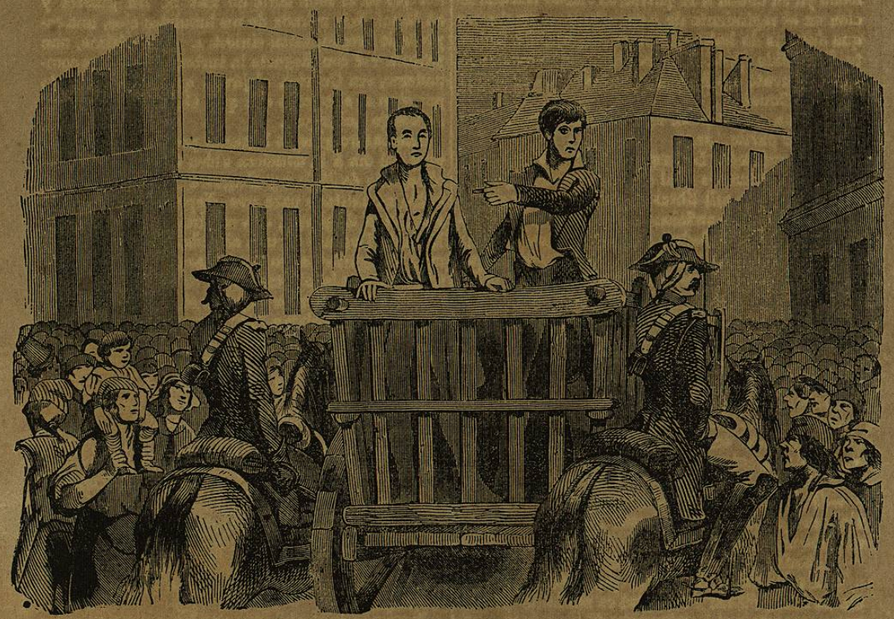
El notario lee la sentencia condenando á Francisco Rosseel y á Guillermo Vandenplas á la pena de muerte.

Los acusados oyen esta sentencia con una completa calma.....

Ninguno de los acusados interpuso apelacion, y poco tiempo despues sufrieron la pena en la plaza del Ayuntamiento, donde se verifican las ejecuciones.

Por mas que hayan trascurrido cerca de dos años desde que se cometió el crímen, el recuerdo de Vandenplas y de Rosseel se conserva todavía muy grabado en los ánimos, no solamente en Bruselas, sino en toda la provincia del Brabante. El asesinato de la plaza de Saint-Géry se ha hecho lugar en la memoria del pueblo y en los anales judiciales del país.

(1) Especie de cerveza particular que se fabrica esclusivamente en Bruselas.



PROCESO DE LESURQUES.

I.

El dia 4 de Floreal del año cuarto de la república francesa (23 de Abril de 1796) hallábanse cuatro jóvenes sentados á una mesa dando fin á su almuerzo, en la calle de las Carnicerías, número 27, en Paris. Vestian todos el ridículo traje á *la incroyable*, no faltando por lo tanto sus correspondientes coletas y *orejas de perro*, y las botas de campana con espuelas de plata; jugueteaban con sus enormes anteojos de puño ó con sus bastones, que aunque cortos merecian llamarse estacas, y ostentaban sus dos cadenas de reloj y multitud de otros dijes, lo cual podia muy bien indicar cierta riqueza, pero anunciaba tambien muy poco gusto.

Uno de estos jóvenes, llamado Guesno, propietario de una casa de transportes en Douai, era el anfitrion de aquel convite para festejar á su paisano José Lesurques, que acababa de llegar á la capital con ánimo de establecerse en ella, y al cual habia reintegrado la víspera de una suma de dos mil libras, prestadas anteriormente en Douai.

De los otros jóvenes que completaban esta sociedad, el uno se llamaba Richard, y era el dueño de la casa á donde venia á hospedarse Guesno en sus viajes, y el otro que se encontraba fortuitamente entre ellos, era un hombre de unos veinte y cinco años, alto, de buena figura, y su rostro hubiera sido de una hermosura perfecta, si sus dos ojos negros y sombríos, no dieran á su fisonomía un carácter de dureza y disimulo que por mas esfuerzos que hacia no alcanzaban á moderar. Este personaje, llamado Couriol, habia llegado en el momento que se sentaban á la mesa, y como viniese á hacer una visita á Richard, al cual habia convidado Guesno, no pudo este consentir que se marchase sin tomar parte en el almuerzo.

—¿Es decir, mi querido Lesurques, insinuó Guesno apretando afectuosamente la mano de su amigo, que has abandonado para siempre nuestra ciudad de Douai?

—Al menos me propongo, respondió Lesurques, vivir en Paris hasta tanto que haya concluido la educacion de mis hijos.

—¡Ya! respondió Guesno, sonriéndose y dirigiéndose á Richard y Couriol; en el dia Lesurques tie-